

Clásicos del Psicoanálisis

REFERENTE A LAS ALUCINACIONES (FEBRERO DE 1901)

Daniel Paul Schreber

Texto tomado de: Schreber, Daniel Paul. *Memorias de un neurópata: legado de un enfermo de los nervios*. España: Argot, 1985.

Por "alucinaciones" se entiende, por lo que yo sé, algunos estímulos nerviosos en virtud de los cuales la persona a ellos expuesta, que se encuentra en un estado de enfermedad nerviosa, cree tener impresiones de algunos acontecimientos desarrollados en el mundo externo —en especial los que son accesibles al sentido de la vista y del oído— que no existen en realidad. La ciencia parece negar a todas las alucinaciones, según lo que leo al respecto, por ejemplo en la *Psiquiatrie* [Psiquiatría] de Krapelin, tomo I, páginas 102 y siguientes de la 6- edición, un trasfondo real. En mi opinión, esto es, por lo menos enunciado con tanta generalidad, decididamente erróneo. Tampoco yo dudo de ningún modo que en muchos, sino la mayoría de los casos, los objetos y acontecimientos supuestamente percibidos en las alucinaciones sólo existan en la imaginación de los alucinantes. Así acontece sin lugar a dudas, por ejemplo, en los casos, que me son conocidos aun en mi condición de profano, en los cuales alguien que sufre de delírium tremens cree ver, por ejemplo, "hombrecillos" o "ratoncillos", que, naturalmente, no existen en la realidad. Lo mismo habría que suponer en muchas de las ilusiones visuales y auditivas tratadas por Krapelin (véase tomo I, páginas 145 y siguientes, de la 6ª edición). En cambio, podrían oponerse objeciones muy serias a esta concepción, racionalista o puramente materialista, en aquellos casos en que se trata de voces "de origen sobrenatural" (véase Krápelin, tomo I, página 117 de la 6ª edición). Tan sólo en mi propio caso yo puedo, naturalmente, afirmar con entera seguridad que en dichos estímulos nerviosos interviene efectivamente una ^{ca}usa que actúa desde afuera; pero me inclino a suponer, por las experiencias que hago en mí mismo, que en muchos otros casos Puede tratarse o haberse tratado de lo mismo; es decir, que, también en otras personas, aquello que se tiende a interpretar sólo como estímulos nerviosos subjetivos (ilusiones sensoriales, alucinaciones o, expresándolo con palabras profanas, puras quimeras) podría basarse en una causa objetiva, si bien en medida incomparablemente más leve

que en mi caso; en otras palabras, poner Manifiesto el influjo de factores sobrenaturales.

Para hacer comprensibles estos pensamientos, trataré de describir con mayor pormenor las impresiones visuales y auditivas que yo recibo bajo la forma de "voces", "visiones", etcétera. Al respecto subrayaré de nuevo, como ya hice en otro lugar (capítulo VII) de las *Memorias*, que no tengo el mínimo reparo en admitir que la existencia de un sistema nervioso morbosamente excitado es un requisito para la aparición de todos los fenómenos de esta clase. Las personas que son tan afortunadas como para disfrutar de nervios sanos; no pueden tener (por lo menos de ordinario)¹ "ilusiones sensoriales", "alucinaciones", "visiones" o cualquier término que se quiera elegir para dichos fenómenos; por eso sería deseable que todos los hombres estuvieran libres de fenómenos de dicha clase; es probable que entónese se sintieran subjetivamente en la mayoría de los casos incomparablemente mejor. Pero con ello, a mi juicio, de ninguna manera queda dicho que los procesos resultantes de la actividad morbosa del sistema nervioso carezcan por entero de realidad objetiva, es decir, que hayan de considerarse como estímulos nerviosos carentes de toda causa externa. Precisamente por ello de ninguna manera me es posible estar de acuerdo con el asombro que expresa Krapelin en distintos pasajes de su obra (por ejemplo, tomo I, páginas 112, 116, 162 y siguientes de la 6ª edición) por el hecho de que las voces, etcétera, sobre las alucinaciones visuales y auditivas tengan un poder persuasivo mucho mayor que "todas las palabras de quienes están cerca". El hombre con nervios sanos es, precisamente por así decirlo, *espiritualmente* ciego frente a quien, a causa de su constitución nerviosa mórbida, recibe impresiones sobrenaturales; por esta razón es tan incapaz de persuadir al visionario sobre la irrealidad de sus visiones como, por ejemplo, el hombre con vista corporal lo es de dejarse persuadir por los ciegos (corporales) de que no existe ningún, color, de que el azul no es azul, el rojo no rojo, etcétera. Hechas, estas aclaraciones previas, lo que yo pienso sobre la naturaleza de las Voces que hablan conmigo y de las visiones que se me conceden, es lo siguiente.

Las "Voces" se manifiestan en mí como estímulos nerviosos que, según se señaló en las *Memorias* —con la sola excepción de una noche, a comienzos de julio de 1894, capítulo X, al comienzo—tienen siempre el carácter de un *ruido suavemente susurrante*, con la resonancia de determinadas palabras humanas. En cuanto a su

¹ Como una excepción concebible, recuerdo, por ejemplo, los casos en los cuales, en los relatos bíblicos, oímos hablar de hechos de índole semejante a las visiones



Clásicos del Psicoanálisis

contenido, y especialmente en cuanto al ritmo con que se pronuncian, han experimentado en el transcurso del tiempo las más distintas variaciones.

Lo más importante al respecto ha sido referido ya en las *Memorias*; es decir, lo que predomina en ellas, debido a lo incompleto estilísticamente de las locuciones empleadas, es un puro absurdo y una considerable cantidad de insultos, que están calculados principalmente para excitarme, es decir, para interrumpir en ciertos momentos el silencio necesario para dormir. Si bien, según Krapelin, tomo I, página 116 de la 6ª edición, las voces excitantes pueden percibirse también en otras alucinaciones auditivas.² Hay empero en mí una circunstancia digna de notarse, que, según creo, diferencia mi caso respecto de los demás, de una manera tan característica, que es del todo imposible trazar un paralelo entre los estímulos sensoriales que se dan en mí y las alucinaciones que de alguna manera se presentan en otros hombres; y por consiguiente es preciso inferir una causa enteramente determinada de aquéllos. Yo sospecho, aunque, por supuesto, no puedo estar suficientemente informado sobre ello, que en otros hombres se trata sólo de voces *intermitentes*, y por consiguiente, que las alucinaciones aparecen sólo tras *pausas* más o menos largas de estados exentos de voces. En mi caso, en cambio, no existen jamás pausas en el hablar de las Voces; desde los comienzos de mi vinculación con Dios —con la exclusiva excepción de las primerísimas semanas, en las cuales, además de los tiempos "sagrados" hubo tiempos "no sagrados" (véase capítulo VI de las *Memorias*, hacia el final)—, por ende, desde hace ahora casi siete años —salvo cuando duermo— *jamás tuve un solo instante en el que no haya percibido voces*. Me acompañan por todas partes y en todas las ocasiones; siguen resonando aun cuando mantengo una conversación con otras personas; prosiguen sin traba aun cuando me ocupo muy atentamente en otras cosas, por ejemplo, leo un libro o un periódico, toco el piano, etcétera, sólo que, como es natural, mientras converso en voz alta con otras personas o hablo a solas en voz alta, quedan dominadas por el sonido más fuerte de la palabra hablada, y durante ese tiempo no son temporariamente audibles para mí. Pero la inmediata recurrencia de las para mí bien conocidas frases, eventualmente con

² El hecho de que, según refiere Krapelin en el tomo I, página 116 de la 6ª edición, esas voces excitantes sean consideradas por muchos alucinados como procedentes de cerdos que gruñen, perros que insultan o que ladran, gallos que cacarean, etcétera, está fundado, a mi entender, exactamente sobre el mismo fenómeno en el que yo pensaba en el capítulo XVII de las *Memorias*, en su parte final, al tratar de las *sensaciones subjetivas* de vapores remolcados a cadena que *aparentemente* hablaban, de ferrocarriles, etcétera. Aquí se trata tan sólo manifiestamente de una mera *resonancia* de ruidos externos oídos simultáneamente con las voces percibidas como estímulos nerviosos, de suerte que esos ruidos *parecen* repetir las palabras pronunciadas por las voces. Hay que distinguir enteramente de estos ruidos, por lo menos en mi caso, las voces de los pájaros, el sol, etcétera, quienes *realmente* hablaban en mí.

algunos sonidos omitidos en la mitad de ellas, me hacen reconocer en esos casos que el hilo de la conversación ha proseguido entretanto, es decir, que los estímulos sensoriales o las vibraciones nerviosas mediante las cuales se suscita el efecto sonoro más débil correspondiente a las Voces han proseguido aun mientras yo hablaba en voz alta.

Al mismo tiempo, la retardación del tempo con que se habla, y del cual ya hice mención en el capítulo XX de las *Memorias*, se ha intensificado también durante el tiempo transcurrido desde entonces de una manera que supera toda imaginación. La razón se dio ya antes: cuanto más se ha incrementado en mi cuerpo la voluptuosidad del alma —y ésta se encuentra en rápido y constante crecimiento, a consecuencia de la afluencia ininterrumpida y permanente de nervios divinos—, tanto mayor ha sido la necesidad de hacer que las Voces hablaran más lentamente cada vez, con el fin de franquear mediante las escasas frases, siempre reiteradas,³¹¹⁴ de las que se dispone, las enormes distancias que separan a mi cuerpo de los lugares de partida. El cuchicheo de las Voces puede, debido a ello, compararse en primer lugar con el ruido que produce la arena que se escurre en un reloj de arena. La mayoría de las veces no puedo en absoluto diferenciar por separado las palabras, o sólo podría hacerlo con la más intensa atención. Naturalmente, no me tomo el menor trabajo para hacer eso, sino que, por el contrario, para escuchar lo menos posible lo que se habla. Cierto es que no puedo evitar que al percibir palabras sueltas que pertenecen al material de frases para mí bien conocido, el recuerdo de la continuación de las frases correspondientes, conocido por mí a causa de su repetición por millares de veces, se me imponga luego involuntariamente, y que, por consiguiente, el "pensar involuntario con recuerdos", como se designa a este fenómeno en el lenguaje de las almas, haga por sí mismo que mis nervios sigan vibrando hasta completar esas frases. Por otra parte, la excesiva retardación del ritmo, que inicialmente y durante tiempo fue sentido por mí como un incremento de la impaciencia nerviosa (véase capítulo XVI de las *Memorias*), me proporciona en este momento un alivio cada vez más sensible. Mientras yo escuchaba y tenía que escuchar involuntariamente a las Voces, la demora, que con frecuencia duraba varios segundos, de la continuación esperada me era sobremanera penosa, pero desde que, recientemente, la retardación se hizo aún mayor, de modo que las Voces, como ya se mencionó, degeneran la mayoría de las

³ "No hubiera usted perpetrado un almicidio"; "Ya debe de estar bien cocido"; "Ése tiene que haber sido un presidente de Sala"; "¿No le da a usted vergüenza?", es decir, de su señora esposa; "¿Por qué no lo dice usted?", es decir en voz alta; "¿Habla usted?", es decir, lenguas extranjeras; "Eso fue muy rápido", es decir, según la concepción de las almas, demasiado, etcétera, etcétera.



Clásicos del Psicoanálisis

veces en un cuchicheo ininteligible, se me ha vuelto posible acostumbrarme a limitarme, mientras no estoy dedicado a alguna actividad (tocar el piano, leer, escribir, etcétera) que hace de por sí que las Voces pasen inadvertidas, a *contar* ininterrumpidamente 1, 2, 3, 4, etcétera, en el lenguaje de los nervios, y de esa manera logro pausas en el pensar (los llamados "pensamientos sin pensamiento de nada"). Con ello obtengo, por lo menos, *este* resultado, que se haga necesario pronunciar un insulto que resuene *claramente* en mi oído espiritual y que luego yo dego tranquilamente que se pronuncie dentro de mis nervios con la reiteración que sea. La palabra injuriosa que de ordinario sigue en tales casos es tan indecente, que no quiero confiarla al papel; quien se interese por esto, puede encontrarla en muchas de mis anotaciones dispersas. Cuando las "Voces interiores" quedan reducidas a silencio de la manera indicada, resuena entonces *desde afuera* en mi oído, a consecuencia de la aproximación de los Rayos que se ha vuelto nuevamente necesaria, alguna clase de palabras, que provienen de la garganta de los pájaros que hablan conmigo. El contenido que expresan éstas me es, naturalmente, indiferente; es comprensible que yo —tras una habituación de muchos años— no pueda sentirme agraviado si un *pájaro*, al que ocasionalmente arrojé algo de comer, me grita (o mejor dicho, me silba) por ejemplo: "¿No le da vergüenza?" (de su señora esposa) o algo semejante. En lo relatado hay otra prueba contundente de la máxima de que toda insensatez llevada al extremo alcanza finalmente un grado en el que se anula a sí misma, y es ésta una verdad que el propio Dios inferior (Arimán) solía expresar hace años mediante la fórmula frecuentemente repetida de que "Toda falta de sentido se anula". Al igual que los *estímulos auditivos* (voces, alucinaciones auditivas), también los *estímulos visuales* (alucinaciones visuales) son en mí *perennes*, por más que no en la misma exacta medida, sí en medida aproximada. Con mis ojos espirituales veo venir hacia mi cabeza, bajo la forma de filamentos extendidos desde cualquiera de los puntos más inconmensurablemente alejados del horizonte, los Rayos, que al mismo tiempo son portadores de las Voces y del virus de cadáveres que tienen que descargar en mi cabeza. Se hacen visibles *sólo* a mis ojos espirituales cuando se me cierran los ojos a consecuencia de un milagro o cuando yo cierro voluntariamente los ojos, es decir, se reflejan entonces bajo la forma indicada, como largos filamentos que llamean en mi sistema nervioso interno. Yo percibo este fenómeno de una manera análoga con mis ojos *corporales* cuando mantengo abiertos los ojos, es decir, veo además aquellos filamentos, ora dirigiéndose desde alguno o varios puntos situados mucho más allá del horizonte hacia mi cabeza, ora retirándose de ella. Cada retirada va unida con una

sensación de dolor claramente perceptible que a veces es muy intensa, en mi cabeza.⁴ Los filamentos que penetran en mi cabeza —los cuales al mismo tiempo son portadores de las Voces— describen luego en mi cabeza un movimiento circular, al que puedo comparar muy aproximadamente diciendo que es como si mi cabeza fuera ahuecada desde adentro hacia afuera con un taladro.

Es fácil imaginar que con todo esto van asociadas muchas sensaciones sumamente desagradables; el dolor corporal, empero, es, por lo menos ahora —después de una serie de años—, lo secundario. El hombre, en punto a dolores corporales, puede acostumbrarse a muchas cosas que a quien experimenta por primera vez el fenómeno en su propio cuerpo parecerían sobremanera aterradoras y casi insoportables. Así, también en mi caso, por lo menos durante los últimos tiempos, las sensaciones dolorosas, de las que casi ningún día estoy exento, y que aparecen en una alternación enteramente regular con estados de placer, casi nunca son de tal intensidad que me vea seriamente impedido de participar de cualquier clase de actividad espiritual, de la tranquila conversación con otras personas, etcétera. Mucho más molestos son para mí los estados ululatorios que aparecen como fenómenos habitualmente concomitantes de una retirada de los Rayos; por una parte, porque siento, naturalmente, como algo indigno tener que aullar en cierta manera como un animal a consecuencia de los milagros que se llevan a cabo contra mí, y además porque el aullar, al repetirse constantemente, suscita una conmoción de la cabeza que en cierto sentido hay que calificar de dolorosa. Pese a ello, me veo obligado a tener que entregarme muchas veces al aullar, cuando no sobrepasa cierta medida, especialmente de noche, cuando los otros medios adecuados para rechazarlo: hablar en alta voz, tocar el piano, etcétera, no son utilizables o lo son sólo en medida limitada. Además, el aullar me brinda la ventaja de que todo lo que posteriormente se pronuncia dentro de mi cabeza queda sofocado por el estruendo mismo del aullar, de suerte que pronto se produce otra vez una reunión de todos los Rayos, la cual en ciertas circunstancias me lleva a conciliar nuevamente el sueño, o por lo menos, por la

⁴ Con frecuencia también en otras partes del cuerpo, según que el virus de cadáveres sea además descargado por otros filamentos de Rayos en otras partes del cuerpo, además de la cabeza. En lo que a esto respecta, entran alternativamente en juego todas las restantes partes del cuerpo: ora queda el vientre lleno de inmundicia (esto siempre con la simultánea pregunta: "¿Por qué no c... usted?"), de manera que a veces surge una necesidad de evacuar que va en aumento hasta convertirse en una repentina diarrea; ora surgen punzadas en los pulmones, en el cordón espermático, parálisis de los dedos (especialmente al tocar el piano o escribir); ora dolores más o menos intensos en las extremidades inferiores (rótulas, fémures, hinchazón de los pies, hasta el punto que las botas me aprietan) cuando camino, etcétera, etcétera. Por lo demás, no todos los milagros dependen de la descarga de virus de cadáveres, sino que —sin intervención de éste— en muchos casos, como al cerrarse los ojos, en todos los fenómenos de paralización, etcétera, son aquéllos evidentemente una manifestación directa de la fuerza de los Rayos



Clásicos del Psicoanálisis

mañana temprano, cuando está próximo el momento de levantarme, pero todavía no puedo pasar a mi sala de estar debido a los preparativos necesarios, como ventilarla, limpiarla, etcétera, me posibilita por lo menos permanecer en la cama en un estado corporal transitoriamente muy agradable.

En todo momento tiene que guiarme el *pensamiento de la finalidad*, que para los Rayos es aparentemente incomprensible, pero para los hombres tiene tan inmensa importancia, es decir, tengo que preguntarme a cada instante: ¿Quieres ahora dormir, o por lo menos dedicarte a alguna actividad espiritual o realizar alguna función corporal, por ejemplo, evacuar, etcétera? Para lograr cada fin es necesario, por regla general, que se produzca en mí una reunión de todos los Rayos, aun para evacuar, pues, como se mencionó anteriormente (capítulo XXXI de las *Memorias*, al final), aunque se habla mucho de "c...", se intenta, cada vez que realmente hay que proceder a evacuar, reprimir mediante milagros el impulso a evacuar, debido a la voluptuosidad del alma que surge al satisfacerlo. Por esta razón, cuando llega el momento de dormir, evacuar, etcétera, hasta tengo que resignarme durante algún tiempo a soportar transitoriamente, de acuerdo con las circunstancias, otros inconvenientes, como el aullar, etcétera, para poder lograr realmente el fin que persigo en concreto y que es necesario para la salud general de mi cuerpo; en especial, el evacuar, que en general se trata de impedir mediante milagros, lo llevo a cabo con mayor eficacia si me siento en el cubo ante el piano y toco en éste hasta que puedo, primero, orinar, y luego —por regla general con algún esfuerzo— también evacuar realmente. Por más increíble que todo esto suene, es, sin embargo, efectivamente verdadero, pues tocando el piano fuerzo cada vez un nuevo acercamiento de los Rayos que habían intentado retirarse de mí, y supero de esa manera la resistencia que se había opuesto a mi esfuerzo por conseguir evacuar.

En lo referente a los *fenómenos visuales* (alucinaciones visuales) tengo aún algunas cosas interesantes que agregar. En primer lugar, debo señalar que todas las irradiaciones nocivas que llegan llameando a mi cabeza, y que según todas las apariencias proceden del Sol o quizá también de otros muchos astros alejados, *no llegan* a mí en línea recta sino mediante una especie de curva o parábola, de una manera semejante a como, en los certámenes de los romanos, los carros de guerra giraban en torno de la meta o en el juego de bolos llamado "de la honda" la bola atada a una cuerda se arroja primero alrededor de una estaca antes de dar en el bolo

propriadamente dicho. Esta curva o parábola la veo claramente dentro de mi cabeza (y con los ojos abiertos también en el cielo); debido a ello, los filamentos que desempeñan la función de portadores de las Voces, a pesar de que en apariencia proceden, por lo menos en parte, del Sol, no vienen por lo general desde la dirección donde el Sol se encuentra realmente en el cielo, sino de una dirección más o menos contraria. Creo posible conectar esto con el "atar los Rayos a las Tierras", mencionado ya anteriormente (capítulo IX de las *Memorias*). La aproximación directa de los Rayos tiene que ser impedida, o por lo menos demorada, mediante un obstáculo mecánico, pues de lo contrario los Rayos, a consecuencia de la fuerza de atracción de mis nervios, que desde hace mucho tiempo se ha vuelto excesiva, serían impelidos hacia mí de una manera que colmaría mi cuerpo permanentemente de voluptuosidad del alma; en otras palabras, Dios no podría, si me es lícito expresarme de esta manera, mantenerse en el cielo. Entonces aparecen —actualmente a intervalos relativamente cortos— puntos lumínicos brillantes en mi cabeza o, cuando tengo los ojos abiertos, en el cielo. Es éste el fenómeno que anteriormente designé con el nombre de "Sol de Ormuz" (capítulo VII, nota 44 de las *Memorias*), porque yo era de la opinión de que había que considerar a los puntos lumínicos como efectos reflejos de algún astro, que estaría situado a enorme distancia, el cual, precisamente por su alejamiento excesivo para la capacidad de visión humana, toma la forma de un minúsculo disco, o punto luminoso, como las estrellas. De acuerdo con las innumerables observaciones semejantes que hice nuevamente en el transcurso de los años, me inclino a rectificar en algo esta concepción. Ahora creo necesario suponer que los puntos lumínicos son más bien aquellas partes de Rayos desprendidos de la masa total de los nervios del Dios superior (Ormuz), que, después de agotados los filamentos de Rayos impuros cargados de virus de cadáveres, son lanzados cada vez hacia abajo como con una honda en dirección a mí, en calidad de Rayos divinos puros. Esta concepción la fundamento en que la mayoría de las veces percibo los puntos lumínicos simultáneamente con los gritos de socorro, que se presentan como *impresiones auditivas*, por lo cual debo suponer que los gritos de socorro proceden también de estos Rayos o nervios del Dios superior lanzados hacia abajo como con una honda, cuando se encuentran en algún estado de angustia y que aparecen ante los ojos, a consecuencia de su pureza, como impresión lumínica. De que sean nervios del Dios superior, es algo de lo cual no tengo, por razones que me llevaría demasiado lejos exponer, la menor duda. Creo también haber encontrado ahora una explicación satisfactoria del hecho de que los gritos de socorro sean perceptibles sólo para mí, no para otros hombres (véase capítulo XV de las *Memorias*). Presumiblemente se trata



Clásicos del Psicoanálisis

aquí de un fenómeno semejante al que se da al telefonar, es decir, los filamentos de Rayos que son deshilados y enviados hacia mi cabeza actúan de la misma manera que los hilos telefónicos, por lo cual el efecto sonoro, que en sí y de por sí no es demasiado fuerte, de los gritos de socorro lanzados desde una distancia muy considerable pueden ser oídos *sólo por mí*, de la misma manera como sólo la persona con la cual se establece una comunicación telefónica, y no cualquier otra tercera persona que se encuentre entre el punto de emisión y el de destino, puede oír lo que se habla mediante el teléfono.

Affectio Societatis